

El Eco de Cartagena.

Año XXIV.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 6898

Preios de suscripción.

CARTAGENA, un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIA, tres meses, 7 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11 id. 25 id.
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.

Números sueltos 15 céntimos.
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

MARTES 22 JULIO 1884.

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

LA CONQUISTA DE CARTAGENA.

POR
PUBLIO SCIPIÓN
IV

(CONCLUSIÓN.)

Lelio, Compronio y Caudino, examinaron detenidamente el asunto, citando á los dos pretendientes, levantando testimonio y obligándoles á jurar. Pero todo era inútil; el tumulto crecía y los ánimos se exaltaban. Cayo Lelio, comprendiendo las fatales consecuencias que pudieran resultar si era preferido uno de los peticionarios, fué á ver á Scipión, y manifestándole la gravedad de las circunstancias, le dijo, que siendo imposible aclarar los hechos, creía muy conveniente conceder una corona á cada uno de los pretendientes. Scipión, conformándose con lo propuesto por Lelio, convocó al ejército y dijo que estaba convencido de que Quinto Tiberio y Sexto Digeo pusieron el pie tan á un tiempo en las murallas que ambos eran merecedores de tan honorífica recompensa; por cuya razón fueron agraciados con la corona mural. Así terminó este incidente que amenazaba turbar la paz y crear rencores y enemistades entre el ejército y la armada que conquistaron á Cartagena.

La historia de aquellos tiempos aún registra dos hechos importantísimos que deben considerarse como la expresión fiel de los humanitarios y generosos sentimientos de Publio Cornelio Scipión; así como también su extraordinario acierto y cordura con que sabía conducirse en los momentos que la suerte le deparaba las más favorables ocasiones, para captarse las simpatías de los más altos é importantes personajes de España.

Los historiadores, Anziaté, Máximo, Gelio y otros, contemporáneos de Scipión, dicen que éste joven nada tenía de casto. Pero á pesar de lo que afirman los expresados historiadores, Lucio Floro, que escribió más de trescientos años después de la conquista de Cartagena, asegura que el general romano advirtió á sus tropas que no le presentasen ninguna prisionera de la ciudad, porque temía manchar la virginidad de éstas con solo mirarlas. Tantos escrúpulos, tanta modestia parecen incompatibles con las pasiones vivas y fogosas, y con la temprana edad de Scipión, fundándonos también para decir esto en que los primeros citados historiadores escribieron á raíz de aquellos acontecimientos; cuyas circunstancias nos inducen á creer que los dos actos, dignos verdaderamente de alabanzas, ejecutados por el vencedor de los cartagineses, deben considerarse, como antes

hemos dicho, hijos de sus sentimientos humanitarios y de su justa y constante ambición de fortalecer más y más los lazos que entonces unieran á Roma con los españoles.

Cuando el joven Procónsul se hallaba ocupado en evacuar asuntos de suma importancia, se le presentó cierta señora de avanzada edad, acompañada de varias doncellas; la primera esposa de Masedonio y dos de las segundas, hijas de Indébil, catalanes uno y otro, según Tito Livio. Postróse ante Scipión la señora, y llorando amargamente su desventura rogóle que se apiadase de ellas, especialmente de las doncellas, quienes gustosas, decía, sacrificarán su vida en aras de su virginidad.

Scipión quedó admirado al escuchar la súplica de la esposa de Masedonio y conmovido su corazón por los ruegos y lágrimas de aquellas desgraciadas, tomó la mano derecha de la anciana y trató de consolarlas, diciéndoles que serian consideradas como sus propias hermanas ó hijas.

Por una inveterada y bárbara costumbre las prisioneras quedaban de derecho á disposición del vencedor. Obedeciendo á esta ley horrible, varios soldados romanos quisieron obsequiar á Scipión con una bellísima y encantadora joven. Sorprendido quedó el general ante la extraordinaria hermosura de la prisionera; pero luchando con sus fogosas pasiones, dijo á los que le habían presentado aquel raro prodigio de belleza: «Si fuera simple soldado no me pudierais hacer presente más dulce; pero siendo general, ninguno más despreciable.» Scipión, según dicen muchos autores antiguos, manifestó que no había ni aun intentado manchar el honor de la bellísima prisionera, conservándola intacta, para presentarla á su legítimo y futuro dueño, el ilustre y joven príncipe celtibero, Allucio.

Hizo llamar á sus padres y al novio, quienes vinieron provistos de oro y plata para rescatar á la que tantas consideraciones había merecido del conquistador. El noble Scipión dijo: «Recibidla de mis manos tan pura como si saliese de la casa paterna. No os pido en recompensa, de este don sino vuestra amistad hacia el pueblo romano.» (1) El príncipe besaba entusiasmado la mano de su bienhechor, y los padres de la doncella quisieron entregarle la gruesa suma que traían para el rescate. Publio Scipión la cedió para dote de la joven prisionera.

Hé aquí los dos hechos que anteriormente indicamos. He aquí dos actos que inmortalizaron el nombre del conquistador de Cartagena, cuya

noble generosidad ensancho los límites de la fama de sus virtudes.

Allucio, agradecido pasó á su patria y volvió á Cartagena con mil cuatrocientos caballos que se unieron al ejército de Roma. También regaló á su protector un escudo donde hizo grabar la memorable acción del generoso caudillo.

Cayo Lelio, el amigo y Lugarteniente de Publio Scipión, abandonó á Cartago-nova, navegando con rumbo al puerto de Roma, en una galea de cinco órdenes de remos. El ilustre campeón romano, al encomendarle á Lelio esta misión, quiso que le acompañasen los más ilustres personajes cartagineses, para dar testimonio de la conquista. Fueron designados, el Gobernador Magón y algunos consejeros y Senadores. A los treinta y cuatro días de navegación arribó la nave á las costas italianas. Inmensa multitud de gente acudió ansiosa de ver á los prisioneros y saludar á los que supieron vencer el poder de Cartago. Al siguiente día de haber llegado Lelio á su patria, se presentó al Senado, donde manifestó fielmente del primer modo todo lo que había obtenido la primera campaña de Publio Cornelio Scipión. Además le manifestó que el inmenso y riquísimo despojo de oro, plata y marfil, hallado en la importante ciudad conquistada, se había depositado en manos del Cuestor, para que lo enviase á Roma en unión de las naves apresadas. Entonces, y delante de todo el Senado, recibió Cartagena según dice Soler, quien lo tomó de Tito Livio, la investidura de cabeza de España: *Postera die, introductus in Senatum, captem Carthaginem, caput Hispaniae, uno die exposuit.*

Es indescriptible, dicen varios autores, el entusiasmo que produjo á los romanos este tan feliz como inesperado acontecimiento. La conquista de Cartagena representa una de las más gloriosas etapas de la historia romana.

Roma, la que orgullosa paseó después su estandarte por todo el mundo, la que con sus triunfantes y aguerridas legiones derrumbó la supremacía de Cartago, no creía tan próxima la hora dichosa de vencer y despojar de su más bella posesión á los que alcanzaron la victoria en las célebres y sangrientas batallas de Cannas, Trasimeno, Perugia y tantas otras. Pero Marte, aquel fiero dios de la mitología, á quien Homero representando á Jupiter airado dice:

Entre los dioses que el Olimpo habitan á ti solo aborrezco, por que solo te agradan, riñas, choques y batallas.

Este dios, cuyo apetito sacia con sangre humana, dejó de amparar las armas cartaginesas para proteger á las de Roma, quien agradecida por

tantos y tan inmensos beneficios en su honor y el de los otros dioses del Olimpo, celebró un solemnisimo Tridue.

Mientras tanto, y en los pocos días que Scipión estuvo en Cartagena, reparó las fortificaciones que habían sido destruidas; hizo elevar más la altura de las murallas, por donde sin oposición asaltaron los romanos la ciudad; se fabricaron un considerable número de armas y municiones de guerra, y últimamente ordenó que el ejército y la armada se ocuparan en continuas maniobras... Al ver las tropas de tierra ejercitarse, dice Polibio, (1) y disciplinarse delante de los muros de la ciudad, las de mar maniobrar y ensayarse en el remo; los de la ciudad aguzar unos, trabajar otros en hierro ó madera, y en una palabra, ocuparse todos en fabricar armas; no podía menos de aplicarse á Cartagena la expresión de Xenofonte, que era un taller de guerra.

Publio Cornelio Scipión, de familia romana y de nombre romano, se unió con los rehenes á gobernar á Tarragona.

Satisfecho y orgulloso debió abandonar el héroe romano á la rica y poderosa Cartago-nova.

El, animado por el deseo de venganza, inspirado en un sentimiento de patriotismo, prestóse gustoso á sacrificar su existencia en aras de su patria. Se levantó en el foro de Roma, diciendo que se hallaba dispuesto á ser el vengador de su familia y del nombre romano, y abandonó las costas italianas para inaugurar su campaña. Allá, en la célebre y antigua Tarragona, meditó un plan; el de conquistar á Cartagena alentó á sus legiones, comenzó á realizar su idea y tras larga y encarnizada lucha, después de una heroica defensa de los cartagineses, quedaron victoriosas las águilas romanas.

Roma resucitaba. Los dioses todos habíanse declarado sus protectores; y Cartago sucumbía bajo el influjo poderoso de la política de Scipión; de aquel ilustre y humanitario guerrero, de aquel gran héroe, de aquel intrépido y valiente conquistador, que tantos días de ventura dió á su patria con sus atrevidas y portentosas empresas. Su fama es universal é imperecedera. El tiempo no ha podido arrancar de la historia las páginas que nos recuerdan aquella serie interminable de sucesos, que asombraron á las generaciones de entonces y aún admiran á las existentes. Y Cartagena, la ciudad más importante de los cartagineses en España, la que fué digna émula de Cartago, la que conquistó el grande Sci-

(1) Lafuente. Tomo 1.º capítulo 5.º